

LA LIJ Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Desde una especial perspectiva

Dos relatos sobre la Guerra Civil Española

Publicamos la conferencia/lectura que Mercedes Neuschäfer-Carlón pronunció en el Instituto Cervantes de la ciudad alemana de Frankfurt.

En ella hablaba de dos de sus novelas relacionadas con la Guerra Civil española: *La acera rota* y *La primavera no reía*.

La acera rota se desarrolla, en su mayor parte, durante la misma contienda.

La primavera no reía, durante los años siguientes a la terminación de la contienda: la posguerra.

Mercedes Neuschäfer-Carlón*

LA ACERA ROTA

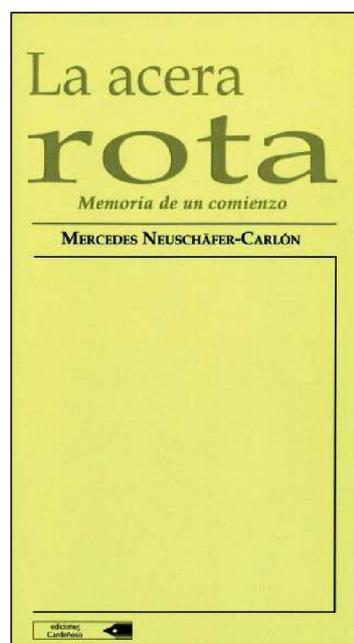
*Es la historia de una niñez que fue la mía
Es la historia de Elena, que ya no soy yo,
pero cuya memoria forma parte de mí.*

M

i intención inicial al escribir este libro era contar los primeros pensamientos del niño ante las cosas, hablar de ese tiempo en el que comienza a observar y a sentir; pero en el que no tiene aún palabras para expresarlo. Y, sin embargo, ese su pensar y ese sentir poseen gran autenticidad porque no están basados en prejuicios ni en anteriores experiencias. Pero al poco de empezar la vida de Elena, mi protagonista, comienza también la Guerra Civil, que juega un papel importante en su vida y de ella ha de ir hablando y contando desde su perspectiva inocente, sorprendida, sin prejuicios. En *La acera rota*, ‘un clásico de la Guerra Civil’, según Carmen Bobes, se verá, ésta con una original mirada.

El relato comienza cuando, poco antes de cumplir Elena cuatro años, va a vivir con su familia a un bonito chalet en las afueras de la ciudad. De esta nueva casa impresiona a la niña positivamente la luminosidad de sus habitaciones y le disgusta, en cambio, su amplitud que hace que, por los grandes espacios, se diluya la familia y estén más lejos los unos de los otros que en el piso en el que antes vivían.

Y, en cambio, le va a alegrar que tenga una gran terraza y un jardín donde puede correr y jugar. Allí la vida de Elena se desarrolla en apariencia tranquila y feliz y digo “en apariencia”, porque a la niña, sensible e introversa, le obsesiona y aterroriza la idea de la muerte y también –resultado de su educación religiosa– la del infierno. El cielo, ese vivir sin cuerpo, no le resulta un gran consuelo. Es, para ella, más bien algo inquietante e incomprensible.

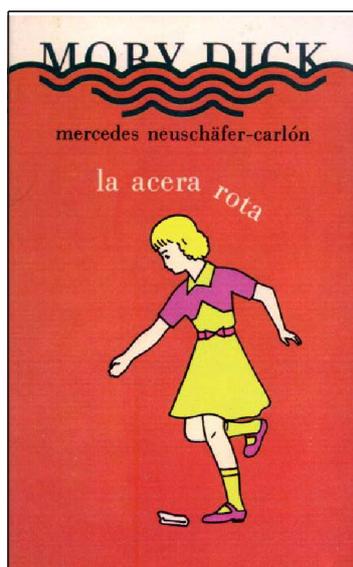


La acera rota.

“Elena ahora es consciente de que la guerra no es el juego de justicias y ladrones en un jardín soleado como la imaginó un día en el que deseó algo nuevo y emocionante en su vida”



Ilustración de la primera de las ediciones de *La acera rota* en la colección Moby Dick.



Portada de Enric Satué para la primera edición de *La acera rota* (1986).

Estalla la Guerra Civil y Oviedo, ciudad universitaria del norte de España, donde Elena vive, se declara a favor de los “nacionales” por lo que sus contrarios, los “rojos” la sitían y asedian. La familia de Elena ha de abandonar el chalet para refugiarse en el centro de la ciudad, menos expuesto a los ataques de los sitiadores. Viven en un edificio en construcción de varios pisos que tiene un gran sótano en el que pasan gran parte del día.

La vida allí es, al comienzo, un juego para los niños: se cocina –ya que a la ciudad le han quitado agua y luz– en una lumbre encendida entre ladrillos, no hay horas obligadas para las comidas, ni para acostarse, a veces sin sueño, como en la vida normal de antes sucedía. Y es emocionante además oír, desde un refugio, que pensaban seguro, el ruido de los cañonazos, del pasar de los aviones, del caer y explotar de las bombas...

Más tarde, sin embargo, la situación empeora: los alimentos comienzan a escasear al no poder llegar a la ciudad nada desde fuera. Y Elena empieza a oír hablar de gente que muere víctima de los cañones o de las bombas, del hambre también. Y del tifus que se extiende por la ciudad a causa del agua contaminada. Los bombardeos son cada vez más intensos, más frecuentes y, por ello, los refugiados en el sótano han de pasarse allí noches enteras a la luz solamente de una vela.

Elena ahora es consciente de que la guerra no es el juego a policías y ladrones en un jardín soleado como la imaginó un día en el que deseó algo nuevo y emocionante en su vida. En el sótano, donde se han refugiado, no hay más niños que Elena, sus dos hermanos y una prima de seis años que había venido a pasar una temporada con ellos y ya no puede volver con sus padres, porque Madrid, donde está su familia, se encuentra en poder de los “rojos”. Pero un día llega al sótano un niño algunos años mayor que ellos: Rafael.

Voy a presentar fragmentos de un capítulo que describe algo de la situación en el sótano y habla también de una canción extraña que allí Elena escucha en la que se exalta el heroísmo. Esta canción le atrae, aunque intuye también en ella algo falso y absurdo que le produce desasosiego. Estas sensaciones y sentimientos, aunque no podría entonces expresarlos con palabras, han quedado clavados con gran claridad en su memoria.

RAFAEL, EL NOVIO DE LA MUERTE

“(...) Había sido una suerte para los pequeños que por allí no hubiese ningún niño de la edad de Rafael porque entonces este no se hubiera acercado a jugar con ellos. Y sin embargo, poco a poco, los pequeños iban conquistando la amistad y el aprecio de Rafael Riera, cosa que les daba alegría y orgullo. –Aunque sois tan chicos, se puede hablar con vosotros de bastantes cosas – llegó incluso un día a decir.

Rafael era muy divertido y los niños lo pasaban muy bien con él.

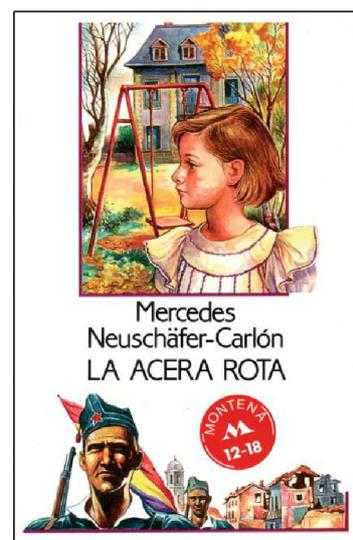
(...) Se burlaba también un poco de algunas personas que andaban por el sótano. Sobre todo de la señora de Muntaner que aparecía siempre tan importante y arreglada al sótano como si acudiese a una elegante recepción. Pero ay! En aquella ocasión en que por vez primera vinieron los aviones por la noche... Aún a la escasa luz de las velas, se podía ver su cara brillante, untada de crema, muy distinta de la que conocían de día. Bajo el pañuelo, que llevaba en la cabeza, se notaban los bigudíes duros, inflexibles.

Rafael hacía gestos muy graciosos cuando contaba algo de risa y muecas terribles, pero tan exageradas, que daban la risa también si era de miedo lo que contaba. Sin embargo aquella canción del legionario la cantaba en serio. Se la enseñó a sus pequeños amigos en la oscuridad del sótano en el atardecer de un día de fuerte asedio. Esta canción impresionó profundamente a Elena. Se hablaba en ella de un hombre muy valiente del que nadie conocía la historia. Pero sus camaradas suponían “que algún dolor le mordía como un lobo el corazón”. Aquella imagen del lobo mordiendo el corazón, aquel continuado morder..., era para la niña algo oscuro, terrible, incomprensible. Y seguía después una estrofa, una estrofa que cantaba el mismo legionario:

*Soy un hombre a quien la suerte
hirió con zarpa de fiera,
soy el novio de la muerte
que va a unirse en lazo fuerte
con su amante compañera.*

¿Novio de la muerte? ¿Cómo se puede ser novio de la muerte? Elena imaginaba un soldado joven paseando del brazo –como había visto a los novios–

*“Rafael enseñó a sus
pequeños amigos
la canción del legionario
en la oscuridad
del sótano en el atardecer
de un día de fuerte
asedio”*



La acera rota (1990). Editorial Mondadori

de aquella mujer esquelética, sólo huesos, que era la muerte. ¿Quién puede querer ser novio de la muerte? ¿Quién unirse con “su amante compañera” si ello significa morir? ¿Quién puede desear no existir? Claro que si el lobo aquel le estaba mordiendo así el corazón... Era una canción extraña, impresionante; pero que de algún modo atraía a Elena. La canción le gustaba y le disgustaba a la vez. Y sentía un confuso placer al cantarla.

(...) Un día Rafael les contó:
 - Hay un “paco” en esta calle.
 - ¿Qué es eso de “un paco”? - preguntó Julín.
 - Un “paco” es un hombre que está escondido en una casa o en un portal y desde allí dispara sobre la gente que pasa por la calle. ¿No habéis oído a veces los disparos: pac, pac, pac, pac?

“Rafael estaba excitado con la idea de descubrir él al “Paco”. Pasaba mucho tiempo cerca de la puerta que daba a la calle, escuchando”



Ilustración de Ricardo Tussel para el capítulo Rafael, el novio de la muerte de *La acera rota*. Colección Moby Dick (1986).

A los niños les pareció entonces recordar que algo así habían oído sin prestar atención a ello.

- Oye y ¿por qué disparan? - preguntó Elena.

- Es que los "pacos" son rojos que han quedado en la ciudad y quieren así asustar a la gente para conseguir que se rinda. El otro día, uno que está en esta calle, disparó sobre vuestra tía Lina. ¿No lo sabéis?

No, a ellos no les habían dicho nada.

Se acercaron a la puerta de salida. Ningún disparo, ningún ruido extraño.

Rafael aclaró:

- No, si no está todo el día. Él vive seguramente con otra gente; pero, de vez en cuando, sale, se mete en un portal o se sube a un piso deshabitado o a alguna azotea y, desde allí, dispara. Yo estoy investigando para ver si lo cazo. Puede incluso que esté en nuestro sótano. (...)

Rafael estaba excitado con la idea de descubrir él al "paco". Pasaba mucho tiempo cerca de la puerta que daba a la calle, escuchando.

Cuando oía disparos, recontaba los señores que se encontraban en el sótano; pero siempre faltaba alguno:

- Doña Lola - preguntaba, por ejemplo, a la señora presumida - ¿Dónde está su marido?

- ¡Ay, guapo! El pobrecito está en la cama con fiebre. Dios quiera que no sea la gripe.-

- Voy a mirar cómo se encuentra, a lo mejor necesita algo.

- No, mejor le dejás. Pasó una horrible noche tosiendo, seguramente duerme ahora. Muchas gracias de todas maneras.

Y luego comentaba con la señora de Riera.

- Travieso sí que es; pero ¡qué niño más atento y cariñoso es su Rafaelín! (...)

Los niños estaban cantando en el sótano y dando saltos a la vez. El frío había comenzado y tenían que moverse para no quedarse helados. Elena empezaba a echar de menos a Rafael, cuando su madre se acercó a preguntarles:

- ¿No está Rafaelín con vosotros?

- No, hace ya mucho rato que se marchó.

- Y ¿no sabéis por dónde anda, verdad?

No, no lo sabían.

La madre se fue en su busca.

Al mediodía los pequeños tenían hambre y trataron de encontrar a su madre; pero no estaba en el sótano. Apenas había gente allí abajo. Era extraño.

Elena subía por la escalera a su habitación, cuando se cruzó con la señora de Muntaner. La señora resultaba distinta de la de los otros días. Parecía muy nerviosa. Había perdido todo su empaque.

- ¿A dónde vas niña? - le preguntó con una voz y un gesto que parecían agresivos.

Elena estaba asustada.

- Voy a buscar a mi mamá. Abajo no hay nadie...

- Tu mamá está con los de Riera, pero tú no puedes subir. ¡Anda, dame la mano y baja conmigo!

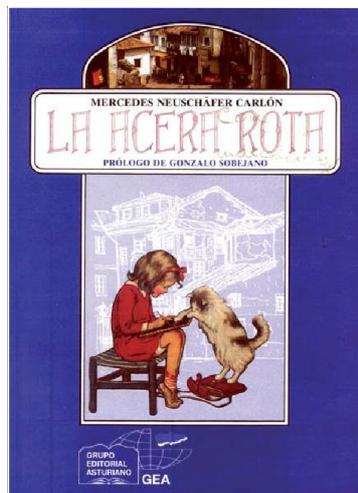
¿Por qué no podía subir? ¿Qué pasaba?

Elena sintió una gran inquietud, algo había sucedido. Quería saberlo, necesitaba saberlo. Se libró de la mano de la señora e intentó escapar escalera arriba, pero ella la sujetó.



Fotografía de la época de Mercedes Neuschäfer-Carlón en que escribió *La acera rota*.

“Elena sintió una gran inquietud, algo había sucedido. Quería saberlo, necesitaba saberlo. Se libró de la mano de la señora e intentó escapar escalera arriba, pero ella la sujetó”



La acera roja. Edición de GEA (1995).

– ¡Que no subes, desobediente, que no subes! – dijo enfadada.
Y luego cambiando de tono, siguió:
– Anda, tú eres una niña buena y obediente y te vienes conmigo. Abajo te voy a contar un cuento muy bonito.

En aquel momento a Elena no le interesaba nada el cuento y le molestaba el truco de los mayores, sacando la historia de la niña buena para conseguir lo que querían. Así tenía que poner buena cara, aunque por dentro estuviese más rabiosa que antes.

Pero no le quedó otro remedio que bajar. El cuento resultó una verdadera birria. La señora de Muntaner estaba con seguridad pensando en otra cosa mientras contaba su tonto cuento.

Luego bajaron todos: mamá, papá, tía Lina.

Se notaba que dudaban si decírselo o no. Al fin papá:

– Tengo que daros una noticia, una noticia muy triste, una noticia que os va a impresionar mucho.– La palabra impresionar la escuchó Elena entonces por vez primera y ya nunca la olvidaría.

Papá hizo una pausa. Le costaba continuar. Había un silencio total que interrumpió para decir.

– Vuestro amigo Rafael, Rafaelín ha muerto.

A Elena le dio un golpe sordo en el corazón y después sintió como si por un momento, la cabeza se le hubiese quedado vacía, vacía del todo, porque no podía pensar aquello que acababa de oír.

Rafael muerto, Rafael muerto.

No podía ser. Tenían que haberse equivocado. No podía haber muerto. No era posible que no volviese a bajar al sótano a contar sus historias, a hacer sus chistes, a jugar con ellos. Pero a papá se le habían humedecido los ojos y mamá y tía Lina lloraban.

Elena comenzó a llorar, aunque sin creerlo del todo todavía.

Luego supieron que lo habían encontrado muerto en medio de la calle. Con un tiro en la espalda.

– ¡Fue el paco, fue el paco!– gritó Elena con terrible dolor.

¡Maldito paco!

Algunos lo creían también así; pero la mayoría pensaba que debía haber sido una bala perdida.” (...).

La situación en la ciudad va siendo insostenible. La familia de Elena se decide, aunque no sin peligro, a huir de ella a través de un pequeño corredor abierto por las tropas nacionales. Al fin libre, y en zona alejada de combates, pasa Elena unos meses despreocupados y relativamente felices.

Pero el regreso a la ciudad en poder de las fuerzas de Franco, es preocupante. El padre de Elena es acusado por republicano y no se sabe cuál va a ser su castigo. Elena pasa momentos de terrible miedo por él. Oye de personas que, por republicanas, han sido incluso ejecutadas. Es una época sumamente triste y desconcertante para la niña. Ella había oído que es al malo al que se le castiga y no puede explicarse cómo puede haber quien quiera castigar a su padre...

Al fin es “solamente” suspendido de empleo y sueldo y además ya nunca podrá volver a enseñar en la Universidad. La familia tiene que vivir pobremente en una humilde buhardilla. A la niña poco le importa hasta que una visita a la casa de sus antiguos vecinos del chalet al lado del suyo, le hace sentir la vergüenza de ser pobre. Más triste aún es el encuentro con los niños de



Ilustración del capítulo *Las bragas de Anselmina* de *La acera roja*. Colección Moby Dick (1986).

una familia obrera, que habían sido sus amigos, y que ahora viven en la más desesperada miseria.

LA PRIMAVERA NO REÍA

La primavera no reía se desarrolla ya en la posguerra y en otro lugar, de Asturias también, no lejos de Oviedo: Gijón.

Gijón, una importante ciudad industrial y naviera al lado del mar, había estado durante la guerra en poder de las izquierdas, de los “rojos”. En esta novela ya no es Elena una niña pequeña y llega, en su transcurso, a la adolescencia y a la primera juventud.

Cuando comienza la narración, la ciudad acaba de “liberarse” y se vive en ella la opresión y el miedo de los vencidos. Las cárceles están llenas de presos, se ejecuta a gente sin previo juicio, muchas personas, por razones políticas, se han quedado sin trabajo, se pasa hambre. Elena tiene que escuchar noticias de crueldades llevadas a cabo por las izquierdas y sabe ahora también de venganzas e injusticias de los vencedores sobre los vencidos. Algunas dejan en ella un terrible e imborrable dolor.

Y siguen los tristes años de la posguerra con racionamientos muy escasos, con miedo todavía. Pero como la vida –y más aún la de los niños– no es solo tristeza, la novela cuenta y describe cosas y situaciones más amables: los juegos, las diversiones, la magia del cine tan liberador y necesario entonces... Y también en el transcurso de la novela se va conociendo cómo eran los colegios, cómo el instituto, cómo las relaciones y las amistades entonces. Todo ello dentro de una sociedad clasista. España, entonces, además de pobre, está aislada e incomunicada. Solo es permitido lo que la censura de Franco deja pasar.

La novela tiene a la vez mucho de reportaje de la época y termina con el primer amor de la protagonista, un amor concebido y sentido de una forma muy distinta al de hoy.

Los fragmentos del capítulo, que he escogido para leer, reflejan la situación política de la posguerra en la que la familia de Elena vive, aunque en su país, un exilio interior. Y cuentan también un hecho que causa una terrible impresión a Elena.

RADIO LONDRES Y “RADIO BOLA”

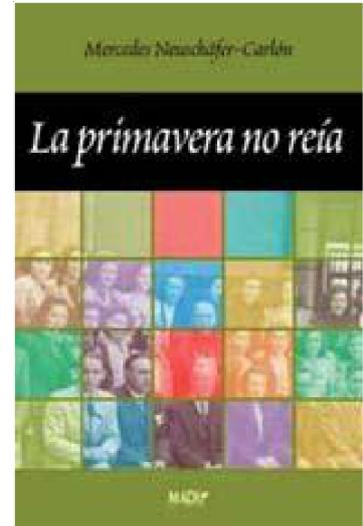
“En el largo pasillo de la casa esquiaban los tres hermanos. Su madre había dado a cada uno dos bayetas de lana y con ellas, bajo los pies, se deslizaban hasta la puerta del cuarto de baño que era el final del pasillo encerado. La madera brillaba.

–Así quitáis trabajo a Luchy que no necesita ya andar sacando la cera –les dijo su madre a la que gustaba que sus juegos tuviesen también alguna utilidad. Un rato antes había salido papá al pasillo a pedirles:

–No hagáis por favor mucho ruido.

En unos minutos los niños corrieron y se deslizaron en silencio casi. Luego lo olvidaron. Julio se había caído sobre el culo y, empujándose con los pies, se deslizaba todavía. Los otros dos reían y hacían también sus tonterías.

Papá volvió a aparecer. Estaba furioso:



La primavera no reía.

“La Radio Nacional y todos los periódicos de España hablaban sólo de los triunfos de Alemania en la guerra y así también hablaban las amigas de Elena, Purita sobre todo, cuyo padre era un administrador incondicional del ejército germano”

– ¡¿Os calláis, coño?!– les dijo gritando. Era extraño ver así a papá. Casi los únicos momentos en que Elena le veía enfadado de verdad eran cuando intentando escuchar radio Londres o radio París con el oído pegado al aparato, los niños hablaban a voces o gritaban cerca. Estas dos emisoras tenían que ponerse a muy poco volumen porque escucharlas estaba terminantemente prohibido. Además el gobierno hacía intercalar en las ondas ruidos desagradables: ta ta tá, ta ta tá, ta ta tá... que estorbaban su recepción. Papá intentaba saber algo de lo que pasaba por el mundo y, aunque con grandes dificultades, se enteraba de algunas cosas que la censura de Franco nunca hubiese dejado pasar. Y si los niños le estorbaban, se convertía en un papá desconocido. Él siempre tan correcto, tan medido, tan bueno...

La Radio Nacional y todos los periódicos de España hablaban sólo de los triunfos de Alemania en la guerra y así también hablaban las amigas de Elena, Purita sobre todo, cuyo padre era un admirador incondicional del ejército germano.

– Los alemanes ganan la guerra, ya lo veréis. Son una raza superior – decía.

Y Elena callaba. No podía contar que su padre, que conseguía oír a veces alguna radio extranjera, sabía que ultimamente no iban las cosas tan bien para el Führer. Pero no le costaba demasiado callar porque a ella tampoco le importaba mucho el asunto. Si quería que ganasen los Aliados era solamente porque su padre lo quería también. Y, en cambio, sabía que debía callar.

Y callaba.

A veces, cuando hacía buen tiempo, al volver Elena del Instituto a casa, se encontraba con su padre que con algún compañero de la oficina charlaba en el paseo asfaltado del parque. Papá se alegraba mucho al verla y de una manera que a Elena le daba alegría también y enseguida se despedía de los señores con quienes estaba para encaminarse a casa con ella.

Pero no siempre lo lograba. Don Hilario, el notario, que vivía justamente frente al parque y allí tenía su notaría, solía bajar entonces y se acercaba.

– ¡Vaya, vaya por Dios!– decía papá en voz baja a Elena.

Y ya estaba allí don Hilario comenzando a decir:

– Don Manuel, ya habrá usted oído...– y hablaba luego con entusiasmo de Hitler, de cómo había puesto orden en su país y de lo maravillosos que eran los alemanes: “tan disciplinados, tan trabajadores, con ese talento de organización. De ellos teníamos que aprender aquí.” Y también admiraba cómo habían resuelto el problema de los judíos que eran tan mala gente... Y luego seguía hablando de sus triunfos militares. “Ellos ganan la guerra, de un momento a otro, cuando menos se espera, sacan esa arma secreta que están preparando. Con ellos no hay quien pueda, créame, don Manuel.”

– No veo yo la cosa tan clara– se atrevía a decir el padre de Elena.

– ¡No diga usted disparates, hombre!

– Pues no los diré –decía papá– como usted quiera.

Luego en casa llamaba a don Hilario y a sus noticias: radio Bola.

También alguna vez se acercaba, yendo ya camino de casa, Domínguez, que había sido funcionario de Hacienda y ahora estaba suspendido de empleo y sueldo. No se acercaba de frente como don Hilario sino se llegaba a ellos de lado. Llevaba un abrigo beige que le quedaba muy ancho.

– Don Manuel– decía solo. Nada más. Papá sabía ya a lo que venía.

– Bueno, hombre, tome usted– y sacaba un billete de la cartera.

– Gracias, don Manuel.

– ¿Cómo le va a usted? ¿Y a la familia?

– ¿Cómo nos va a ir? Pasando cada vez más hambre y necesidades. ¿Cuándo cambiará esto?

“Los fragmentos
que he escogido dan idea
del horror que es una
Guerra Civil y de cómo
este horror continúa
todavía,
una vez terminada
la contienda”

Un día estaba Elena con sus amigas sentada en un banco del paseo del muro, cuando pasó por allí María Teresa Aceval. María Teresa conocía a Carmela y a Elena porque había ido también, aunque dos cursos delante de ellas, a la Academia Bellavista.

María Teresa era alta, morena y huesuda. Masculina y falangista de la sección femenina lo era también. Y además hija de don Hilario, el notario.

Normalmente María Teresa Aceval las saludaba solamente al cruzarse con ellas por la calle, diciendo: “¡Adiós!” y siguiendo su camino. Aquella vez, no. Se paró para decírlas:

–Ya habréis oído lo que pasó, ¿no? Un hombre solo contra un montón de rojos. ¡Qué tío valiente!

No, no lo habían oído; pero allí estaba María Teresa para contárselo:

– Bueno, supongo que ya sabrías que por las montañas de aquí, de Asturias, andaban escondidos rojos y que no había manera de terminar con ellos, porque alguna gente les ayudaba y también los franceses, que no nos pueden ver, mandaban dinero y armas a esos criminales. Pero esta vez, al pasar la frontera, pescaron a uno de los enviados del extranjero; le quitaron toda la documentación que traía y se arreglaron para que “cantara” y dijese la contraseña. Entonces un valiente de los nuestros se ofreció a hacerse pasar por él. Cambiaron la foto del otro y pusieron la suya y con los papeles y conociendo la contraseña se fue al lugar del encuentro. Imaginaos ¡qué valor! Si llegan a descubrirle...

Aquí hizo Mari Tere una pausa para que se lo imaginasen y después siguió:

– Y cuando había ganado la confianza de los escondidos –él es un tío de lo más simpático– y había pasado con ellos creo que unas dos semanas, les llevó de madrugada a una playa diciendo que iban a ensayar unas tácticas militares y allí les mandó colocarse delante de él en semicírculo. Entonces con una ametralladora: tac, tac, tac! –María Teresa con rapidez y entusiasmo imitaba su ruido –líquidó a todos. ¿Qué os parece?

A Elena le dio un escalofrío y quedó anonadada pensando en aquel hombre que seguramente había sido acogido con agradecimiento por los refugiados de las montañas, creyendo que arriesgaba su vida para ayudarles. Y que luego había vivido un tiempo con ellos hasta conseguir su confianza. Habrían comido, bebido, reído juntos a veces, hasta aquella madrugada en la playa... ¿Cómo habría sido la mirada, la asombrada última mirada de esos hombres hacia el que habían creído su amigo?

Entretanto María Teresa Aceval terminaba así de contar su historia:

– A él le van a subir de graduación y dar una Orden de las más importantes. Y también mucho dinero por el gran servicio que prestó a la patria. (...)

Además le van a cambiar el nombre, el pelo también, ponerle barba o bigote, no sé. El caso es que va a quedar de manera que nadie pueda ya reconocerle. Pero ¿os dais cuenta, qué héroe?

Un criminal es lo que es. Un asqueroso –querría haber podido decir Elena. Y, en esta ocasión, sí que le costaba no poder decirlo.”

Los fragmentos, que he escogido, dan idea del horror que es una Guerra Civil y de cómo este horror continúa todavía, una vez terminada la contienda. Sin embargo ambas novelas no reflejarían la realidad de esos tiempos si no contarán, al lado de historias tristes, otras más alegres, liberadoras, divertidas incluso, formando esa mezcolanza que es la vida. Incluso en tiempos de guerra y de posguerra.



Fotografía actual de Mercedes Neuschäfer-Carlón.

* Mercedes Neuschäfer-Carlón es escritora. Periodista, traductora, crítica literaria. Y autora de numerosos libros de literatura infantil y juvenil publicados en España y en otros países y lenguas. Premio AMADE (Asociación Mundial de Amigos de los Niños).